

dicho los del pueblo lo del conejo. Bueno... yo no les vi. No hablemos más de ello. Pero si les atrapo... ¡voto val ¡si les atrapo! Ya haré que les pasen las ganas de divertirse, maese Cacheux, créalo; créalo por mi nombre...

LA CITA

LA CITA

Cubiertos con una capa los hombros, con un sombrero la cabeza, con un velo la cara y llevando otro de repuesto en el bolsillo para ponerlo sobre el primero una vez hubiese subido al simón criminoso, golpeaba con el extremo de la sombrilla la bota, y permanecía sentada en su habitación sin decidirse á acudir aquella cita.

Muchas veces, sin embargo, se había vestido de aquel modo durante las horas de Bolsa de su marido, para acudir al entresuelo de soltero de su amante, el guapo vizconde de Martelet.

A su espalda marcaba el péndulo los segundos; un libro abierto mostraba sus hojas en un mueble de palo de rosa, entre dos ventanas, y al perfume de violetas exhalado por dos ramilletes que había en

dos búcaros de porcelana de Sajonia, se mezclaba un vago olor á verbena, que provenía del cuarto tocador.

Dió la hora, las tres, y se puso en pie. Se volvió para mirar la esfera y sonrió pensando: «Ya me espera; va á enfadarse.» Entonces salió, diciendo al ayuda de cámara que volvería al cabo de una hora, una mentira, bajó la escalera y echó á andar.

Era uno de los últimos días de mayo, esa estación deliciosa en que la primavera del campo parece sitiar á París y conquistarlo por los tejados, invadiendo las casas á través de las paredes y hacer florecer la ciudad y esparcir tonos alegres por la piedra de las fachadas, el asfalto de las aceras y el adoquinado de los arroyos, y bañarla y embriagarla de savia como un bosque que reverdece.

La señora Haggan dió algunos pasos hacia la derecha con la intención de seguir la calle de Provenza, donde tomaría un coche: pero la caricia del aire, esa emoción que despierta en nosotros el primer soplo del verano, penetró tan bruscamente en ella que, cambiando de idea, tomó la calle de la Chaussée d'Antin, sin saber por qué, movida de un confuso deseo de ver árboles en la plaza de la Trinidad. Pensaba: «¡Bah! me esperará diez minutos

más.» Aquel pensamiento la regocijaba y en tanto que iba despacio á través de la multitud, creía verlo como se impacientaba, mirar el reloj, abrir la ventana, escuchar á la puerta, sentarse unos momentos, levantarse de nuevo y echar miradas desesperadas á la petaca, porque le había prohibido fumar los días de cita.

Andaba lentamente, distraída por cuanto veía, por gentes y tiendas, acortando más y más el paso y con tan pocas ganas de llegar, que se detenía ante todos los escaparates.

Al final de la calle, ante la iglesia, la atrajo la verdura del jardincito, y atravesó la plaza, entró en el jardín, jaula de niños, y dió dos vueltas por el verde césped, entre las nodrizas llenas de cintajos y regordetas, sanotas, alegres. Tomó una silla, se sentó y miró la esfera del reloj del campanario, fijándose en la marcha de las agujas.

En aquel instante dió la media y se regocijó en extremo. Había ganado media hora, tardaría un cuarto en llegar á la calle de Miromesnil, y contando con unos minutos que se entretuviera por el camino, había acortado la cita de una hora. Duraría sólo cuarenta minutos y bastante era.

¡Cuánto la aburría ir allí! Como un paciente al

subir á casa del dentista, recordaba el aburrimiento intolerable de las otras citas á que acudiera semanalmente durante dos años, y al pensar en que se iba á repetir la escena, se le crispaban los nervios. No es que fuera la cita dolorosa como una visita al dentista; pero era tan aburrida, tanto, tan complicada, tan larga, tan penosa, que todo, todo, hasta una operación, le parecía preferible. Y, sin embargo, acudía á ella, pasito á paso, deteniéndose; pero acudía. De buena gana hubiese faltado; pero ya había hecho esperar dos veces en vano al pobre vizconde, y no se atrevía á repetir la suerte. ¿Por qué volvía? ¿Por qué? Porque ya había contraído la costumbre y no sabía como excusarse cuando el pobre Martelet le preguntara el motivo de su abandono. ¿Por qué empezó? ¿Por qué? Ya no lo recordaba. ¿Le había amado? Quizá sí; pero no mucho: Era guapo, elegante, discreto y representaba á primera vista el amante ideal de una señora de sociedad. La corte había durado tres meses—tiempo normal, lucha honrosa, resistencia suficiente—y luego había consentido ¡con qué angustia, con qué delicioso miedo! á la primera cita en aquel entresuelo de la calle Miromesnil. ¿Su corazón? Ya no recordaba lo que sintió al entrar por primera vez

en aquel entresuelo. Lo había olvidado. Se recuerda una fecha, un hecho, un dato, un nombre; pero no se recuerda, al cabo de dos años una emoción que duró muy poco porque era muy ligera. Pero no había olvidado las otras citas, aquel vía-crucis del amor de estaciones tan fatigosas, tan monótonas, tan iguales, que le producían arcadas al pensar en la que se acercaba por momentos.

Los coches que alquilaba para ir allí eran distintos de los demás, de los que se alquila para otros objetos. Los cocheros adivinaban. Lo sentía en el modo de mirarla. ¡Los ojos de los cocheros de París son terribles! Cuando se reflexiona que al cabo de muchos años, reconocen á un criminal que subió á su vehículo de noche, una sola vez, y que recuerdan hasta los menores detalles de aquella carrera ¿no hay para estremecerse pensando en lo que arriesga una joven yendo á una cita, confiando su reputación á uno de esos cocheros? En dos años había alquilado más de ciento en sus viajes semanales á la calle de Miromesnil. Eran otros tantos testigos que podían declarar contra ella en un momento crítico.

Apenas estaba en el coche, se ponía el otro velo, espeso y negro como un artífaz. Así ocultaba el

rostro, sí, pero ¿y lo demás? El vestido, el sombrero, la sombrilla ¿no podían reconocerse? ¡Y qué suplicio en la calle Miromesnil! Creía reconocer á los transeuntes, á los criados, á los tenderos. Apenas se detenía el coche, saltaba y pasaba corriendo por delante del portero. Este debía saberlo todo, todo; su dirección, su nombre, la profesión de su marido, pues los porteros son más listos que un polizonte. Hacía dos años que quería sobornarlo, darle, echarle un billete de banco de cien francos al pasar por la portería. Pero ni una vez siquiera se había atrevido á ello. ¿Y si no comprendía? ¿Si la llamaba? ¿Si se enteraban los vecinos? Pocos escalones había hasta el entresuelo; pero se le antojaba alto como la columna de Vendôme. Apenas había pasado el portal parecía haber caído en una ratonera y el menor ruido la hacía estremecer. Era imposible volverse; el portero y la calle le cortaban la retirada; y si alguien bajaba en aquel instante, no se atrevía á llamar á la puerta del vizconde y continuaba subiendo, como si fuese á otra habitación. Subía, subía, subía. Hubiese subido cuarenta pisos. Luego, cuando ya no se oía ruido, bajaba corriendo y temía equivocarse de puerta.

Allí estaba Martelet, esperando, con un terno de

terciopelo forrado de seda, muy elegante, pero un tanto ridículo. Desde el primer día no había cambiado un ademán ni una palabra en la manera de acogerla.

Apenas cerraba la puerta, decía: «Permitame que le bese las manos, querida amiga.» Luego la seguía y entraba con ella en el cuarto donde, invierno y verano, estaban cerradas las ventanas y maderas y encendidas las luces, sin duda como un refinamiento de elegancia. Se arrodillaba entonces delante de ella y la miraba de abajo arriba con muda adoración. El primer día aquel movimiento le pareció muy oportuno y rendido. Pero ahora se le antojaba ver á un galán joven representar por centésima vez el quinto acto de una comedia. Debiera variar algo sus ademanes y frases.

Y luego, ¡oh! luego ¡gran Dios! Aquello era lo más penoso. Decididamente el pobre chico no tenía inventiva. Un buen muchacho, pero sin originalidad...

¡Cuán difícil es desnudarse sin camarera! Por una vez, pase aún; pero cada semana resulta aburrido. No, un hombre no debiera exigir tamaño sacrificio de una mujer. Y si era difícil desnudarse ¡ayúdeme á sentir para vestirse! Ganas le daban de abofetear

al caballero que, dando vueltas en torno de ella con aire embarazado, le decía: «¿Quiere que la ayude?» ¡Ayudarla! ¡Ah! ¡sí! ¿A qué? Bastaba ver con qué torpeza sostenía un alfiler para quedar satisfecha.

Quizá á causa de esto no le podía tragar. Cuando le decía: «¿Quiere que la ayude?» le hubiese matado. ¿Y es acaso posible que una mujer no deteste á un hombre que la ha obligado más de cien veces á vestirse sin la ayuda de una camarera?

Verdad es que habla pocos hombres tan torpes como él. ¡Ah! El baroncito de Grimbal no le hubiese dicho con aquel aire de papanatas: «¿Quiere usted que la ayude?» El, vivo, listo, ocurrente, la habría ayudado. Sí; era un diplomático, un hombre que había seguido mucho mundo y que de fijo que había ayudado á desnudarse y vestirse á mujeres de todas las partes del mundo...

El reloj de la torre dió los tres cuartos. Se levantó, miró la esfera, sonrió y pensó: «Debe estar impaciente.» Y echó á andar aprisa, salió de la plaza.

Aun no había dado diez pasos cuando topó con un caballero que la saludó profundamente.

—¿Es usted, barón?—preguntó sorprendida por la coincidencia de haber pensado en él.

—Sí, señora.

Luego le preguntó por la salud, y al cabo de unos momentos, dijo:

—¿Sabe usted que es usted la única, permite que la llame así, verdad, la única de mis amigas que aun no ha visitado mis colecciones japonesas?

—Pero, querido barón, una señora no puede ir á casa de un soltero...

—¡Cómo! ¡cómo! Eso es un error, cuando se trata de examinar una colección rara.

—En todo caso, no va sola.

—¿Por qué no? Crea usted que he recibido á muchas mujeres solas que venían sólo para ver mis colecciones. Cada día viene alguna. ¿Quiere usted que se las nombre? No, no lo haré. Hay que ser discreto hasta para lo que no es culpable. En principio no tiene nada de particular ir á la casa de un hombre serio, conocido, que ocupa cierta posición, sino cuando se acude allí por una causa que no puede confesarse.

—En el fondo tiene usted razón.

—Entonces venga á ver mis colecciones.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—Imposible, llevo prisa.

—¡Bah! Hace media hora que está usted sentada en el jardín.

—¿Me acechaba usted?

—La miraba.

—Le aseguro que llevo prisa.

—Estoy seguro de lo contrario. Vámos; confíeselo usted.

La señora Haggán se echó á reír.

—No... no... no me corre mucha prisa.

Un simón pasaba en aquel momento. El barón gritó: «¡Cochero!» Y el vehículo se detuvo. Luego, abriendo la portezuela:

—Suba usted, señora.

—Es imposible, barón; hoy no puedo.

—¡Señora, lo que hace usted es imprudente, suba! Ya empiezan á mirarnos. Se formará un grupo; creerán que se trata de un rapto y nos detendrán á los dos. Suba, se lo ruego.

Ella subió, asustada, asombrada. Entonces el barón dijo al cochero:

—Calle de Provenza.

Pero de pronto, la señora Haggán exclamó:

—¡Ah, Dios mío! Olvidaba un despacho urgente. ¿Quiere usted llevarme, primeramente, á un despacho de telégrafos?

El coche se detuvo en la calle de Châteaudun, y la joven dijo al barón:

—¿Quiere usted comprarme una tarjeta de cincuenta céntimos? He prometido á mi esposo que invitaría á Martelet á comer mañana, y me había olvidado de ello.

Cuando el barón volvió con la tarjeta azul en el bolsillo, escribió con lápiz:

«Querido amigo, estoy mala; una neurálgia atroz me hace guardar cama. No puedo salir. Venga á comer mañana para perdonarme

JUANA».

Cerró cuidadosamente la tarjeta, puso la dirección: «Vizconde de Martelet, 240, calle Miromesnil, y dijo al barón:

—Ahora, ¿quiere usted echar esto al buzón de los telegramas?